

Empresas recuperadas en Argentina

Una nueva lucha contra la precariedad y el neoliberalismo

Son mayoritariamente empresas que han cerrado, quebradas o simplemente abandonadas por sus antiguos propietarios. Recuperadas por y para sus trabajadores, las fábricas funcionan, y esta original lucha por la supervivencia se ve jalonada por el éxito social y económico.

DECIO MACHADO FLORES
El Viejo Topo, Nov 2004

El modelo económico que se instauró en Argentina tras el golpe militar de 1976 y que se ha venido consolidando en la sucesión de gobiernos ya en el ámbito de las democracias formales (Alfonsín, Menem, De la Rúa y Kirchner) ha tenido como eje fundamental la destrucción del aparato productivo nacional y el aniquilamiento de las conquistas del movimiento obrero argentino.

Dentro de este cierto nivel de crisis de legitimidad que vive el capitalismo en el mundo, Argentina ha sido la pionera neoliberal que arrasó con legitimidades y consensos, es la punta de lanza de un cambio que ya resulta imprescindible y que se puede considerar como un caso testigo para lo que podría pasar en otras partes del mundo (crack financiero, deslegitimación social de la clase política...).

La crisis provocada por este modelo de aniquilación del tejido industrial y productivo argentino condujo al país a una tasa de desempleo del 35%. Los y las trabajadoras argentinas se han encontrado con procesos de cierre de sus empresas, tras meses de no cobrar sus salarios, en la lenta agonía que significa un proceso de cierre empresarial, cuya única opción parecía ser quedarse sin nada o sólo con un Plan Trabajar (subsídios de miseria), sin cobrar indemnizaciones por tantos años de esfuerzo en sus respectivas empresas¹ y viéndose abocadas a la más

absoluta miseria ante un futuro desesperanzador.

En los comienzos de la crisis del menemismo, en la segunda mitad de los 90, se dieron tres luchas que serían los antecedentes más cercanos al fenómeno de las fábricas recuperadas, aunque la expropiación de uno de ellos llegaría sólo después del desarrollo de un movimiento más organizado y de una metodología de explotación que comenzó a utilizarse con posterioridad. Estas experiencias fueron: en la empresa frigorífica Yaguané, SA, ubicada en La Matanza, con más de 500 trabajadores en 1996, ante una deuda de 140 millones de pesos y la amenaza de despido de unos 250 operarios, los trabajadores conformaron una cooperativa llamada Cooptrafriya, tomaron la empresa, negociaron con los accionistas minoritarios, asumieron la deuda renegociando su pago y expulsando a su máximo accionista, Alberto Samid, amigo íntimo de Carlos Menem, y hoy continúan trabajando optimistas ante su futuro; en la metalúrgica IMPA de Almagro, Ciudad de Buenos Aires, fábrica fundada en 1910 y nacionalizada en 1945, en mayo de 1998 los operarios formando cooperativa se hicieron cargo de su gestión, retirándose sus antiguos mandatarios, y en la actualidad esta empresa cuenta con más de 150 operarios

(1) La Ley de Quiebras de 1995 privilegia a las deudas financieras –hipotecas y prendas– por encima de los

derechos de los trabajadores, quedando los trabajadores como desempleados estructurales y sin posibilidad siquiera de jubilarse.

que cobran retiros (como se llama al dinero que obtienen los cooperativistas) de más de 1.000 pesos mensuales con salarios iguales para todos sin distinciones jerárquicas dentro del proceso productivo, y tienen un centro sociocultural que actúa como legitimador dentro del barrio y que es un espacio de formación para sindicalistas y activistas de los movimientos sociales; y finalmente Unión y Fuerza, en la provincia de Buenos Aires, cuya lucha fue similar a las anteriores, y que dio comienzo a partir del conflicto generado por el vaciamiento patronal en diciembre del 2000.

La pasividad generalizada de los sindicatos para dar respuestas a las necesidades actuales de las y los trabajadores, hizo que se fuesen extendiendo estos viejos métodos de lucha como la ocupación de empresas, no sólo ya para reclamar salarios y condiciones de trabajo dignas, sino con la instalación de un nuevo método, que significaba ponerlas a producir recuperando los puestos de trabajo, autogestionando las empresas bajo control obrero de forma asamblearia, rompiendo las jerarquías internas de los centros productivos y generando un reparto equitativo de las rentas, bajo la consigna OCUPAR, RESISTIR y PRODUCIR (similar a la de MST brasileño).

Cada vez más trabajadores han ido ocupando sus antiguas empresas, y cuando consiguen poner finalmente en funcionamiento sus máquinas -las que quedan tras la rapiña empresarial- estos hombres y mujeres descubren que ya no son los mismos, que en ellos se ha operado un cambio que se realizó en el transcurso de la lucha, de la ansiedad de esperar una nueva negociación, de romperse la cabeza pensando en cómo conseguir energía, agua o materias primas para funcionar. Sin necesidad de discursos ni teorías han llegado a construir la base de un cambio político profundo que se teje día a día en la relación con los demás, y que finalmente teje a toda la sociedad y que ahora

renueva las esperanzas para el resto. Gracias a estas primeras experiencias, hoy es posible imaginar con mayor facilidad una alternativa a regresar desocupados o sin trabajo a sus hogares; algunos sueñan más lejos aún cuando conciben incluso una sociedad mejor y no solo una alternativa a las injusticias y al hambre en una crisis como la que vive la Argentina.

Este movimiento de empresas recuperadas plantea que cada empresa que cierre sea reabierto por sus propios trabajadores. Ocupar las empresas es la única forma hoy de impedir su liquidación y la pérdida de la fuente de empleo. La clase política argentina no ha generado ninguna estrategia pública para este sector, demostrando una vez más que estos dirigentes continúan muy alejados de las necesidades de su pueblo, como suele ser muy habitual y no sólo en ese país.

Hablamos en la actualidad de más de 170 empresas recuperadas hasta hoy que generan unos 12.000 puestos de trabajo autogestionados, y que a pesar de la disparidad de casos y situaciones diferenciadas tienen un eje común, que hay una autogestión de las y los operarios sobre la empresa, y dentro de la misma tienen todos los mismos derechos a la hora de tomar decisiones. Este control obrero o autogestión es producto de un conflicto laboral que desemboca en una deserción empresarial parcial (vaciamiento, despidos, descapitalización, etc.) o total (*lock out* o



abandono directo). En la mayoría de los casos esto implica una fuerte lucha del colectivo de trabajadores contra la patronal, los sindicatos, el Estado o una combinación de los mismos, aunque digno es reconocer que se han dado casos en los que se llegó a un acuerdo y otros en los que hasta el gobierno local y los sindicatos colaboraron con los trabajadores ocupantes.

Los trabajadores implicados tuvieron que proponer e imponer la utilización de la Ley de Expropiación con la movilización y el apoyo del conjunto de los movimientos sociales y la ciudadanía del entorno -pueblos y barrios- exigiendo que el Estado de algunas provincias expropié los bienes muebles e inmuebles y los ceda a las cooperativas creadas por los trabajadores.

Hemos asistido a través de internet y televisión a procesos de represión sobre este movimiento, como el realizado sobre las trabajadoras de la fábrica Brukman en Buenos Aires, donde la policía desalojó a los y las operarias convirtiendo la nave y sus alrededores en zona militarizada, donde no se ha dudado por parte de las autoridades en dar órdenes de disparar gases lacrimógenos, cañones de agua, balas de goma, e incluso plomo, y todo ello sobre mujeres costureras de edad madura, zapatos cómodos y uniformes azules de trabajo, difícilmente identificables con sectores antisistema. Vemos también como muchos jueces federales han redactado órdenes de desalojo con textos como: *“La vida y la integridad física no tienen supremacía sobre los intereses económicos”*, quizás la mejor síntesis que pueda darse del neoliberalismo y la globalización desregulada, donde el capital tiene que ser libre en su búsqueda de bajos salarios y más generosos incentivos sin importar la cuota que el proceso les cobra a la gente y las comunidades implicadas.

El principio de cada una de estas experiencias consiste en resistir los intentos de la “justicia” de intentar desalojarlos; esta etapa de ocupación suele durar varios meses, hasta que se resuelve judicialmente la posesión de los medios de producción². En segundo lugar estaría la lucha por poner en marcha el centro productivo, careciendo de capital inicial, recursos financieros y materia prima para

empezar a producir. Sin embargo este movimiento ha demostrado que el trabajo humano es más importante que el Capital y que su organización interna, su forma de gestión y el apoyo mutuo entre diferentes cooperativas hacen posible que la cooperación supere la competencia, símbolo máximo del capitalismo.

Según Eduardo Murúa, presidente del Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas (el MNRE es una de las tendencias más importantes en las cuales se organizan las empresas recuperadas): *“Estamos convencidos de que si el gobierno se hiciera eco del reclamo del MNRE de otorgar un subsidio de \$ 10.000 (3.000 euros) por cada puesto de trabajo, inmediatamente pasaríamos a ocupar 15.000 empleos más, ya que nuestras empresas han sido recuperadas por el 25% del personal histórico. Reclamo que consideramos justo ya que el Estado se ahorra todos los planes sociales que significa tener una familia desempleada”*.

Hoy este movimiento de empresas recuperadas tiene como objetivo fundamental conseguir a través de la presión social que el Congreso imponga la Ley Nacional de Expropiaciones de Unidades Productivas, que permitiría que cada empresa que cierre tenga continuidad en manos de los trabajadores. Otro de los reclamos en alza por parte de este movimiento es la cesión de los créditos que tiene el estado en hipotecas y prendas de unidades productivas a las cooperativas de trabajo.

Desde la perspectiva económica, las empresas en manos de los y las trabajadoras, lejos de estar condenadas al fracaso, como repiten sistemáticamente empresarios, periodistas y un sector importante de políticos argentinos, en realidad tienen varias ventajas respecto a las anteriores gestiones. En primer lugar porque el compromiso del operario es

(2) *El argumento de que estos inmuebles y máquinas tienen dueño, de que en Argentina aún existe la propiedad privada (argumentación no sólo esgrimida por los antiguos propietarios, sino incluso como una amenaza sobre el movimiento por parte de jueces y hasta del propio Menem durante los últimos comicios electorales), puede ser desarmado con la evidencia de que la mayoría de las empresas quebradas les deben dinero a los trabajadores, al Estado por evasión fiscal, a los bancos oficiales y a sus proveedores.*

distinto. Ya no se le extrae el trabajo para beneficio del patrón, ya que él tendrá control sobre los frutos del mismo. En algunos casos esto puede fomentar una actitud más relajada y saludable hacia el trabajo pero, sucediendo esto, el grado de eficacia de cada operario se multiplica: hará un uso más eficiente de los materiales que él mismo decidió comprar y un uso más humano de su tiempo de trabajo, cuya importancia y costo conoce mejor que nadie. Las empresas autogestionadas resultan más eficientes porque hay un ingrediente, el costo empresario, que deja de ejercer presión sobre la fábrica. La necesidad de generar ganancia a cualquier precio (incluso al costo de llevarla a la quiebra) que antes motivaba al empresario era en realidad un lastre para la empresa. Ahora, en cambio, esa ganancia podrá no estar o se podrá invertir, dedicar a fines sociales, repartir entre los y las trabajadoras o lo que se decida en asamblea. Por último es necesario aclarar que el objetivo primordial del operario que controla su fuente de trabajo no es necesariamente económico, es decir, que aun si cae la productividad, la calidad del trabajo y de vida del operario mejora, y el saldo que hagan los trabajadores puede ser igualmente positivo, ya que es la manera en que pueden disfrutar de su trabajo. Que en un centro de producción haya criterios capaces de disputarles el trono a la eficiencia y la productividad, resulta en si mismo revolucionario y cualitativamente innovador, aunque de ellos sigue dependiendo la supervivencia de las empresas.

Hay una realidad distinta ubicada en San Martín, en Valentín Alsina, camino a Centenario de Neuquen, o en el porteño barrio de Once, se llaman Zanón³, Unión y Fuerza, Confecciones Brukman, IMPA, Chilavert, Ins-



tituto de Comunicaciones... son gráficas, empresas textiles, metalurgias, e incluso centros de salud o escuelas, pero para llegar a verlos hay que saltarse los prejuicios que fueron construidos por la propia izquierda, los obstáculos que impone una sociedad formada en el egoísmo y endurecida por las dictaduras que violentaron la vida y por un conformismo y miedo cómodo que agrió el espíritu de las gentes. No es poco lo que se puede aprender de los que pelean sin miedo a perder, porque nada tienen⁴, no es poco y en parte mucho de esto ya lo aprendimos a través de la experiencia zapatista. Y son cada vez más los que imaginan alternativas y los que las necesitamos para recordarnos vivos en materia de solidaridad social y lucha, pero no desde los grandes debates, ilustrados textos y retóricas sobre cómo y de qué manera debería ser o hacerse, sino desde las experiencias prácticas de lucha, desde el aprendizaje real, porque lo que exponen, no lo dicen, lo hacen.

Decio Machado Flores

Miembro de Derechos para Tod@s)

(3) La fábrica de cerámicas Zanón es uno de los baluartes más importante del movimiento y hoy se ve amenazada por una decisión judicial que les conmina al desalojo. 400 puestos de empleo están en peligro y se gesta hoy una gran coordinación de movimientos sociales para la defensa de esta fábrica recuperada.

(4) En Argentina, donde el 58% de la población vive en la pobreza, los y las trabajadoras saben que están a tan sólo un paso de tener que mendigar y hurgar en las basuras para sobrevivir si se quedan sin trabajo.